

¿se la podrá mirar como trabajo ó como desgracia?  
 ¿Será el desprecio? Pero ¿cómo puede ser mientras  
 estoy oyendo que mi Salvador me acuerda que si el  
 mundo me aborrece, primero le aborreció á él? En fin,  
 ¿será la persecucion? ¿será la espada? Pero ¿quién  
 ignora que, segun nos lo advierte el mismo Jesucristo,  
 todos los que quieren vivir piadosamente padecerán  
 persecucion? Mientras el mundo tenga secuaces,  
 mientras haya disolutos, mientras haya impíos en el  
 mundo, la virtud será bien ejercitada; pero ¿quién  
 no sabe que la virtud se perfecciona en la adversidad  
 como el oro se purifica, se acrisola con el fuego? ¡Mi  
 Dios! ¿cuándo podremos decir con el apóstol? *Estoy  
 cierto que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo  
 futuro, ni lo mas alto, ni lo mas bajo, ni otra alguna  
 criatura me podrá separar del amor de Dios.* Pero  
 ¿quién tendrá la culpa de que al presente no lo podamos  
 decir? ¿Qué criatura puede presumir competencias  
 con un Dios? Y cuando se trata de amar á todo  
 un solo Dios, ¿qué objeto criado debe pretender que  
 reparta con él mi corazon, mi estimacion, mi cariño?  
 Dignidades, honras, riquezas, placeres, títulos grandes  
 y pomposos, que significais tan poco ó tan nada,  
 ¿podréis por ventura hacerme perder la amistad de  
 mi Dios? ¡Qué locura preferir un relámpago, una  
 sombra de placer, y de un placer fugitivo, vacío, de  
 un placer que se nos escapa de entre las manos, á  
 una felicidad real, llena y eterna! Solo el amor de Dios  
 llena el corazon, solo él le satisface; el amor de Jesu-  
 cristo vale y sirve por todo.

*El evangelio es del capitulo 12 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus      En aquel tiempo dijo Jesus á  
 discipulis suis: Amen, amen,      sus discípulos: De verdad, de  
 dico vobis, nisi granum fru-      verdad os digo que si el grano  
 menti cadens in terram mor-      de trigo que cae en la tierra no

tuum fuerit, ipsum solum ma-      muere, queda infecundo; pero  
 net. Si autem mortuum fuerit,      si muere, fructifica con abun-  
 multum fructum affert. Qui      dancia. Quien ama su vida, la  
 amat animam suam, perdet      perderá: y el que aborrece su  
 eam: et qui odit animam suam      vida en este mundo, la custodia  
 in hoc mundo, in vitam æter-      para la vida eterna. Si alguno  
 nam custodit eam. Si quis mihi      me sirve, sígame: y en donde  
 ministrat, me sequatur: et ubi      esté yo, allí ha de estar mi  
 sum ego, illic et minister meus      siervo. Y aquel que me sirva á  
 erit. Si quis mihi ministraverit,      mí, será honrado por mi Pa-  
 honorificabit eum Pater meus.      dre.

### MEDITACION.

#### DEL AMOR PROPIO.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que no tenemos peor enemigo que á  
 nosotros mismos. Nuestras pasiones, nuestro genio,  
 nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á per-  
 dernos; nuestro amor propio hace nuestro suplicio.  
 No es menester ir lejos para encontrar el verdadero  
 principio de nuestras inquietudes; el origen de nues-  
 tras desazones, de nuestras pesadumbres y de nues-  
 tras lágrimas está en el fondo de nuestro corazon.

Nuestras pasiones son nuestros propios tiranos; y  
 toda la viveza, toda la lozania que tienen se la deben  
 á nuestro amor propio. Amámonos demasiado; y de  
 aquí proviene que seamos tan ciegos hácia el interés,  
 tan ardientes hácia los placeres, y tan delicados en  
 todo lo que puede lastimar aun lijeramente nuestro  
 orgullo. Amámonos demasiado; y en esto consiste  
 toda nuestra desgracia. Pero ¿es amarse el perderse?  
 Quien ama su vida, la perderá: este es el fruto de  
 nuestro amor propio; no hay condenado que no haya  
 sido el artifice de su perdicion; y esto solo porque se  
 amó demasiado.

¿Qué vicio hay en el corazón que no esté, por decirlo así, alimentado á costa del amor propio? y ¿qué facilidad no hallaría la virtud entre los fieles, si el amor propio fuera menos poderoso? El pecado no tiene mas miel ni mas atractivos que los que el amor propio le presta. Por poco entendimiento, por poca religion que se tuviese, se le miraría con horror; pero el amor propio cautiva el entendimiento, debilita la fe y nos domestica con el pecado. ¿Podemos tener nunca mayor enemigo que temer? ¿pero acaso le miramos como tal? ¡Mi Dios, y cuánta verdad es que el que en este mundo aborrece su vida, la asegura para la eternidad! ¡cuánta verdad es que el que entrega su corazón á los deseos desordenados, el que lisonjea los sentidos, el que pasa los días de su vida en la delicadeza, en los regalos, en las delicias, pierde su alma! *Destierra del mundo el amor propio*, decia san Bernardo, *y desterrarás el infierno.*

¡Ah, Señor, y cuándo dejaré yo de amarme tan á costa mia! Demadasiamente lo he hecho hasta aquí; haced que me aborrezca, y entonces comenzaré á amarme verdaderamente.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca se ama uno mas, que cuando se aborrece á sí mismo, en el sentido del Evangelio. El mundo gusta poco de esta verdad; pero ¿será menos verdad porque no sea á gusto del mundo? Oigamos otra vez á la misma verdad eterna, que dice: *Que quien ama su vida, la perderá; y que quien la aborrece en este mundo, la asegura para la vida eterna.* ¿Qué hay que replicar á este oráculo?

Amarse uno á sí mismo, es desearse bien; pues es muy cierto que ninguno se desea tanto bien como el que mas se aborrece. Niégase entonces muchos gustos, muchas satisfacciones, es verdad; pero ¿halla-

riase una sola que no fuese contraria á nuestra salvacion? Mortifícanse las pasiones; pero ¿hay alguna que pueda no sernos perniciosa? Tienense á raya los sentidos; ¿pero porqué? porque estan de inteligencia con el enemigo. Abrázase, llévase la cruz; pero no hay otro camino que guie á la vida. Esto es lo que se llama aborrecerse uno á sí mismo. Y ¿no es esto amarse verdaderamente? Vuelve los ojos hácia el ejemplo de todos los santos: ¿qué te parece? ¿andaba errado san Ignacio cuando deseaba las cadenas, cuando nada temia tanto como ser perdonado de las fieras? Aborreció su vida en este mundo; mas por eso la aseguró en la eternidad.

¡Mi Dios, y qué poco se aman los hombres del mundo, cuando solo suspiran por lo que los ha de atormentar y los ha de perder! ¿Qué enemigos les pudieran hacer tanto mal como el que ellos se hacen á sí mismos? Ellos se sacrifican al mundo, que no es mas que un vano fantasma, hasta abreviar sus dias, y hasta vivir en perpetua amargura. Cuidados infinitos, enfados mortales, crueles remordimientos, penas eternas, estos son los frutos naturales del amor propio; ¿húbolos nunca mas amargos?

¡Ah, que las almas justas, los buenos, los piadosos se aman realmente con un amor propio mas fino, mas delicado, mas prudente y mas verdadero! ¡De cuántas pesadumbres, de cuántas miserias los libra la regularidad y su retiro! ¡cuántas felicidades les produce su sabia mortificacion!

Hasta este momento, Señor, no habia comprendido yo el verdadero sentido, el secreto y toda el alma de vuestras palabras. Mi amor propio me tenia engañado; por mucho tiempo me ha tenido gimiendo, sin advertir yo, ó á lo menos sin querer desengañarme de que él era el enemigo de mi quietud y de mi salvacion. Ya conozco hoy mi ilusion, y la detesto; estoy re-

suelto con vuestra divina gracia á no amarme en adelante, sino como se amaron todos los que hicieron profesion de ser vuestros verdaderos discipulos.

#### JACULATORIAS.

*Defecit caro mea et cor meum : Deus cordis mei , et pars mea Deus in æternum.* Salm. 72.

Ya no habrá mas delicadeza, ya no habrá mas amor propio; vos, Dios mio, Dios de mi corazon, vos solo le poseeréis todo en adelante.

*Beati omnes qui diligunt te , et qui gaudent super pacem tua.* Tob. 13.

Bienaventurados los que no aman otra cosa que á vos, Dios mio; los que no hallan otro placer ni otro gusto que en agradaros y amaros.

#### PROPOSITOS.

1. Inútilmente se conoce el veneno del amor propio, si no se aplica la precaucion ó el contraveneno para librarse de él. Considera hoy el imperio que hasta este dia ha ejercitado sobre ti, y cuantas faltas te ha hecho cometer. La pereza en levantarse por la mañana, el nimio cuidado en librarse de todas las incomodidades del tiempo, cierta delicadeza refinada en la comida, un estudio importuno y enfadoso en hacerse servir, una continua aplicacion á buscar todas las conveniencias, cierto fondo de sensualidad regala que se derrama en todas las acciones de la vida, todas son señales poco equívocas de nuestro amor propio. Examina cuales son aquellas en que caes con mayor frecuencia, y no salgas de tu cuarto sin haber hecho propósito á los piés de un crucifijo de cortarlas y de corregirlas. Apunta tambien las que en particular has resuelto mortificar en este dia.

2. El amor propio es muy sutil; sobre todo es ingenioso en eludir cuanto puede contradecirle, cuanto le

mortifica y le violenta. No te contentes con conocer y condenar todo lo que le puede nutrir; declárale la guerra desde este mismo punto; y no se pase el dia sin que hayas conseguido de él por lo menos alguna victoria. Para esto, he aqui lo que podrás hacer prácticamente: Primero, en este tiempo de invierno cierto fondo de delicadeza y de regalo te inclina á estarte siempre junto á la lumbre: haz propósito de no arri-marte á ella sino despues de comer; ó si te apretare tanto el frio, que no puedas dejar de calentarte, que sea en pié y muy de paso. Esta lijera mortificacion agrada-rá tanto mas al Señor, cuanto es mas sensible y mas contraria al amor propio. Segundo, aunque la urbanidad y la cortesania son por lo comun efecto de buena crianza, se puede decir que la inurbanidad y la descortesía regularmente son obra de la inmortificacion y del amor propio. De hoy en adelante has de ser muy exacto en todas las obligaciones de la urbanidad y de la atencion cortesana, no solo con los superiores, sino con tus iguales, y aun con los que son inferiores á ti. El amor propio se hallará como comprimido y violentado; murmurará, quejaráse de que se le vulneran sus derechos; pero tú hazte sordo á sus quejas, no hagas caso de sus descontentos, y presto conocerás que de ordinario el ser desatento nace de no ser mortificado. Tercero, no pidas hoy á tus criados acto alguno de servidumbre que no sea con paciencia y con dulzura. Si alguno es olvidadizo, tardo ó perezoso, sufoca los movimientos, los ímpetus de indignacion que te causa su negligencia, é imponte á ti mismo una como ley de hablarle con sosiego y con tranquilidad. Algunas veces será mejor no reprenderlos, especialmente por descuidos leves, por menudencias, que contentar al amor propio, corrigiéndolos con impaciencia ó con calor. Cuarto, ¿te han dado alguna desazon? ¿jugado alguna pieza? no solo no has de

conservar resentimiento, pero ni hablar en la materia con el mayor amigo tuyo. Nútrese mucho el amor propio con esta especie de confianzas; se le mortifica muy sensiblemente cuando se calla.

### SAN CECILIO, OBISPO DE GRANADA Y MÁRTIR.

Entre los eruditos que han tratado las cosas antiguas de España, no se ha podido decidir todavía si los siete varones apostólicos que predicaron el Evangelio en nuestra península, fueron de los discípulos que suponen dejó Santiago en ella, ó acaso aquellos mismos siete que se llevó consigo á Jerusalem para que fuesen testigos de su triunfo. Si es verdad que el santo apóstol dejó en Zaragoza una iglesia dedicada á la madre de Dios, la piedad, la razon y la buena crítica exigen que se establezca como cosa razonable el que dejase cuidando de ella algunos de sus discípulos. Y si es verdad igualmente que quiso dar el encargo de traer su cuerpo adonde habia sembrado su espíritu á aquellos discípulos que se dice volvieron con él á Jerusalem, tambien parece razonable que estos mismos siguiesen la obra comenzada por su maestro.

Como quiera que sea, aquellos historiadores que no tienen empeño particular en negarnos ciertas glorias de que ningun perjuicio se causa ni á los fieles ni á la Iglesia, desde luego se convienen en que los siete santos obispos que despues de Santiago, y con mucha mas probabilidad despues de san Pablo, predicaron en España la religion de Jesucristo, fueron discípulos de nuestro santo patrono. En su escuela aprendieron lo que su maestro habia aprendido de la misma sabiduria por esencia, y su ejemplo fué sin



S. CECILIO, O.